

EL MOTÍN

Año XXXVII

Madrid, Jueves 5 de Abril de 1917.

Número 14.

EL MOTÍN

PERIÓDICO SEMANAL
CON 8 PAGINAS Y CARICATURAS

Se publica los jueves

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN
ALBERTO AGUILERA, 52, MADRID

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Madrid y provincias, 1'50 pesetas trimestre, 3 semestre, 6 año.—Ultramar y Extranjero, 10 pesetas año.—Pago adelantado.—Corresponsales, 1'50 pesetas 25 números.—Número suelto 10 céntimos.

Los suscriptores directos tendrán derecho á recibir cuanto se publique en esta casa, con el 25 por 100 de rebaja.

Suspensión de garantías

Por haber acordado los obreros lanzarse á la huelga general ilimitada en un plazo que ellos fijarían si no se solucionaba pronto la cuestión de las subsistencias y del trabajo, el Gobierno ha suspendido las garantías constitucionales, clausurado la Casa del Pueblo, llevado á la cárcel á los firmantes del Manifiesto en que se insertaba el acuerdo, excepto á cuatro que no ha encontrado aún la policía, y denunciado los periódicos que copiaron el documento ó lo comentaron favorablemente.

Otras veces dejé de publicar *EL MOTÍN* durante la suspensión de garantías. Me aplaudieron los demás periódicos, mas no me imitaron.

Hoy lo hubiera hecho también, pero me ha detenido el que alguien creyera que lo hacía por ahorrarme unas pesetas, dado lo caro que está el papel.

Lo que haré, ya que tengo que llevar el número á la censura, es no escribir nada que pueda ser tachado. Si á pesar de esto tacha en algo, lo sustituiré.

Entreviú fracasada

El penúltimo domingo vino á verme un joven reporter de *El Día*. Deseaba que le diese mi opinión acerca de la Asamblea Republicana que aquel día se celebraba en Zaragoza.

Le contesté lo que á todos los que vienen á solicitar mi opinión sobre

cualquier asunto: que soy enemigo declarado de las entrevistas, y que me parece ridículo, teniendo un periódico, anticipar en otros juicios que mis lectores tienen derecho á conocer antes que nadie.

Insistió varias veces y yo persistí en mi negativa, sin hacer alusión alguna al pasado, al presente ni al porvenir del partido republicano.

Aquella noche leí en *El Día*, en una sección dedicada á recoger opiniones de republicanos sobre la Asamblea:

«EL MUTISMO DE NAKENS

En vano han sido cuantos intentos realizamos para que el Sr. Nakens nos dijese su opinión sobre la Asamblea republicana de Zaragoza.

Apenas anunciamos la visita se nos negó el ilustre republicano. La fecha de hoy, el recuerdo de aquella Asamblea del Lírico, la esterilidad subsiguiente, las concupiscencias, caracoleos y claudicaciones que la Prensa aireó con impúdica saña, pesan sobre el ánimo del viejo luchador. No, no quiere hablar; el mutismo ganó su voluntad.

¡Contrastes de la vida! Nakens, que tanto movió la piqueta demoledora en otros tiempos contra Salmerón y Pi y Margall, contra Ruiz Zorrilla y Castelar, porque no se avenían á la acción común, quiebra su pluma en estos momentos y entorna los ojos con gesto fatalista de resignado por fuerza.

Y no es que le falten energías, ni entusiasmo por la idea, ni fe republicana. Es que los hombres de hoy no merecen que el ingenio lozano de Nakens emplee su tiempo en ellos y desgrane á su costa las jugosidades de su lozanía imperecedera. Nakens se ha convencido de que en el campo de la República es Gulliver. ¡Qué lástima le inspiran estos enanos metidos á jefes y á revolucionarios de «tupí»!

¡Cuántas cosas diría Nakens! Aquel 1903 con la jefatura de Salmerón, todo lleno de esplendores y de esperanzas; con la incorporación de Lerroux, contrito y apenado por sus antiguos procedimientos, de los que se decía curado para siempre, hicieron brotar en su alma el anhelo de una posible República. Luego la Solidaridad, el trágico espectro de Ferrer, manchando con sus disolvencias el romanticismo de un ideal; más tarde el cine de unos negocios, la división de los partidos por apreciaciones morales. A sus labios acude seguramente la condenación; pero no, no quiere hablar.

—Cuando sea preciso—dice—, tengo mi periódico y en él diré todo lo que crea conveniente. A mí no me gustan las entrevistas ni las exhibiciones periodísticas.

Y en este matiz de la modestia se encierra el maestro del periodismo, rehu-

yendo la conversación sobre este punto concreto.

Nosotros respetamos su silencio y lo interpretamos como un movimiento de compasión hacia esta feria de vanidades con gorro frigio...

Todos los recuerdos, citas y apreciaciones, absolutamente todos, que se hacen en lo copiado, son de cuenta y riesgo del reporter, pues yo no hablé más que lo que he dicho.

Deseo hacerlo constar, sin que esto quiera decir que esté en desacuerdo con todos.

ASAMBLEA REPUBLICANA

Cuando propuse que se aplazara la anunciada para el 25 de Marzo en Zaragoza, fué por temor á que no resultase cual la buena intención de sus iniciadores merecía.

¿En qué me fundaba? En el poco entusiasmo con que había sido acogida la idea y en las manifestaciones de abstención hechas por federales, radicales y blokistas catalanes. Siento haber acertado.

El fracaso es innegable. No soy yo; es la Prensa toda quien lo dice: la republicana, con el poco calor que ha prestado al acto; la monárquica, con la escasa importancia que le ha dado.

Entre los acuerdos tomados en la Asamblea figura el de celebrar otra con el mismo propósito en Madrid el 27 de Mayo; esto prueba que los mismos que á ella concurrieron reconocen que nada real y efectivo se ha logrado. Si llega á celebrarse, conveniría no perder tiempo en discutir programas prehistóricos que hemos servido tantas veces en varias salidas, sin que nadie nos hiciera caso, y en cambio se tratara de algo práctico en otro sentido, para no parecernos en cierto modo á los ratones de la fábula que acordaron, en una Asamblea también, ponerle un cascabel al gato que los perseguía, y cada cual se inhibió de realizar el acto heroico.

Porque la cuestión es esta:

¿Hay ó no hay en el republicanismo hombres decididos á seguir otros caminos que los trillados? ¿Los hay? Pues no necesitan decir de antemano lo que harán; los rusos acaban de darnos el ejemplo. ¿No los hay? Pues es inútil ofrecer lo que no podemos cumplir. Esto aparte de que en las revoluciones nadie puede prever hasta donde será preciso llegar.

Por esto, lo único que debería acor-

darse es lo siguiente: «Trabajar incansablemente para restablecer la República.» Sin imitar luego, claro es, á los susodichos ratones, para que nadie pudiera decir de nosotros lo que el fabulista:

... «Y el consejo se acabó como muchos en el mundo. Proponen un proyecto sin segundo. Lo aprueban. Hacen otro. ¡Qué portentoso! Pero y la ejecución? Ahí está el cuento.»

DE ACUERDO

Pidió El Clamor Jerezano unas líneas á Alvaro de Albornoz, y le envió las siguientes:

«No es cuestión de unión, sino de acción. Y la acción requiere vigor, nervio, vibración, espíritu, vida.

La historia duerme, está muerta. Y no hay posibilidad de resucitarla. No habrá otro 1868 ni otro 1873.

Nos hemos unido y desunido más de veinte veces. Y siempre lo mismo. Nos hemos obstinado en atribuir nuestra impotencia política á las disensiones personales, sin reparar en que lo que estaba agotado era la idea.

La República no es un programa. Una república puede ser oligárquica, corrompida, despreciable.

Infundir espíritu moderno al viejo republicanism, regenerarlo ideológica y moralmente: eso es lo que hace falta. Sabia nueva, alma nueva.

Los programas abstractos, pletóricos de doctrina, no sirven. Hacen falta hombres que encarnen las soluciones del momento é inspiren confianza al país.

El mundo se renueva. Y se renueva, á pesar de nuestra incultura y de nuestro misoneísmo, España. Y el republicanism, ó no nos sirve para nada definitivamente, ó tiene que mostrarse á la altura de las circunstancias en esta suprema hora.

ALVARO DE ALBORNOZ

De acuerdo, repito, de acuerdo.

El espionaje

—Don Francisco, ¿no le parece á usted que hablar tanto del espionaje alemán en España es sacar las cosas de quicio?

—¡Pero, D. Germán, si los periódicos alemanes fueron quienes empezaron á ensalzar y á exagerar las hazañas de los espías germánicos en los países aliados!

—Porque esos países son enemigos de Alemania.

—Pero antes de la guerra no lo eran, y ya existía el espionaje.

—Los alemanes lo practicaron en previsión de lo que pudiera ocurrir algún día, y el tiempo los ha dado la razón.

—Que es el mismo caso de España. Fíjese usted que algún día Alemania, triunfante, nos declara la guerra como ahora la ha declarado á Francia. Los alemanes se preparan en nuestro país por si ese día llega.

—Que no llegará, porque Alemania nunca ha luchado contra nosotros.

—Ha luchado contra nosotros varias veces, entre ellas en la guerra de Sucesión, en la que una escuadra enemiga manda-

da por un príncipe alemán se apoderó de Gibraltar. Por cierto que entre las tropas alemanas que desembarcaron estaba el tercer regimiento hannoveriano, que hoy se halla en Bélgica, y que en recuerdo de aquel hecho lleva en sus banderas escrita la palabra *Gibraltar*, que recuerda una victoria suya.

—No hay más casos que ese.

—Sí, señor, hay más. Durante la guerra de la Independencia, alemanes é ingleses lucharon en nuestro país; los primeros en contra de la independencia de España, y los segundos á favor de ella.

—Pero no me negará usted que con ellos hemos tenido menos conflictos que con Francia é Inglaterra.

—Siendo España una península, sus relaciones (y, por tanto, sus conflictos) deben ser principalmente con quien domina en el mar y con quien limite por el istmo de los Pirineos. Con los alemanes, hasta hace poco, hemos tenido pocas relaciones, y con los habitantes de Marte, no tenemos ninguna. Pero en una hipotética guerra entre los planetas, no íbamos á desear la victoria de los martícolas sobre los europeos, por un espíritu de venganza.

—Eso no. Pero el caso de Alemania es muy distinto. Yo creo que, sin pretexto por nuestra parte, nunca tendremos conflictos con esa potencia.

—En 1864, Alemania y Austria eran más amigas que lo son hoy España y Alemania; eran aliadas, y dos años después ocurrió la batalla de Sadowa. Si hoy Alemania, sin buscar conflicto con nosotros, hunde nuestros buques y suspende nuestro tráfico, el día que le conviniera obtener una victoria sobre nosotros, no tendría inconveniente en extremar sus rigores, y, por si ese día llega, los espías alemanes trabajan en nuestro país, como antes han trabajado en otras naciones. ¿Cree usted que nosotros vamos á ser una excepción?

—No sé, pero me resisto á creer que algún día Alemania pueda declararnos la guerra y repetir aquí lo que ha hecho en Bélgica y Francia.

—No sucederá, porque afortunadamente será aplastada, pero sus espías laboran aquí como en las demás naciones latinas, nuestras hermanas por la sangre y el idioma. Ni siquiera Méjico se ha librado del espionaje.

—Yo admiro á los espías. Para realizar esas hazañas se necesita ser bravo, ser listo, en una palabra, ser alemán.

—Yo no los admiro. Hay más probabilidades de perder la vida en un año de campaña que en un año de espionaje; luego el soldado es más bravo que el espía. Se necesita más talento para triunfar de un adversario presentándose ante él como rival, que vendiéndose como amigo; luego para vencer lealmente en cualquier oposición es preciso más inteligencia que para ejercer el espionaje. Pero, eso sí, para ser espía sin reparar en los medios, ni aun en los que harían vacilar al propio Maquiavelo, para eso se necesita ser alemán.

F. R.

Acta, non verba

Lo digo ahora en latín, por si los correccionistas me entienden mejor que cuando haré veinticinco años lo dije en

castellano formulando la receta para poner á raya la invasión clerical.

Ahora empiezan los conspicuos demócratas á darse cuenta del clericalismo. Ha sido preciso que últimamente haya levantado provocativo la cabeza en Barcelona con eso de las Misiones; ha sido menester que nos presente movilizadas todas las fuerzas del pasado arrastrando tras sí á la juventud de las escuelas, es decir, el porvenir, para que se alarme la titulada democracia, eche á la calle la trompetería, destape la caja de la elocuencia de ocasión con vistas á las urnas electorales, y amenace como cualquier Enano de la Venta.

No son discursos lo que se requiere para combatir al clericalismo. Buena, excelente, indispensable es la propaganda para llevar al ánimo ajeno la convicción propia; pero cuando esa propaganda no sabe engendrar Giordanos y nos aborta sólo Tartufos, para maldita la cosa sirve.

Aquí hemos predicado mucho el anticlericalismo, ya lo creo. Si con discursos y artículos hubiéramos de haber derribado la fortaleza clerical, parecería que por ella habían pasado los teutones fugitivos; de la fortaleza no quedara piedra sobre piedra.

Y eso que ha habido en esta Barcelona intermitencias terribles y deserciones horripilantes: periódico que la sección de *Anticlericalismo en acción* la convertía en cualquier cosa, después de haberse deshecho de todo el lastre anticlerical que tenía en casa, político republicano, con oratorio en su domicilio...

Aquellos polvos han traído estos lodos, lodos que amenazan ahogarnos á la hora de ahora y nos ahogarán á buen seguro.

Mientras se dé la alternativa de anticlerical al padre que envía á sus hijos á las escuelas religiosas; mientras se considere anticlerical y se permita que gallee en los mítins al que se casó por la Iglesia; en tanto se tenga por anticlerical al que inscribió á su hijo civilmente en el registro de la vida, y luego ha votado en el Municipio en pro de la suspensión del tránsito rodado en los días del jueves y viernes santos, el clericalismo dirá: predica, grita, voceá, pero tráeme, imbécil, tus hijos á la pila bautismal, enviámelos á mis escuelas, vota en pro de mis prácticas religiosas, déjame á tu mujer... yo movilizaré el porvenir en tu contra; la religión de la muerte ahogará la vida nueva; después de esta guerra; no quedará juventud; y sobre ese mundo de enfermos, estropeados y mujeres, que liquidada la guerra mundial quedará como saldo, imperaré yo.

Para combatir y vencer al clericalismo, ahora como veinticinco años atrás, sigo creyendo que no hay más que una receta:

Actos. actos, actos.

Lo demás son pamplinas.

CRISTÓBAL LITRAN

Barcelona, Abril 1917.

Trozos de mi vida

TRALLAZOS

Cosas que he dicho

Clericalismo en solfa

por José Nakens —2 pts.

Cine clerical

Cuando Dios quiere...

—¡Bien se ve que ha pisado usted buena hierba, D.^a Demetria!

—¿Por qué lo dice usted?

—Porque, hija, lleva usted una cara de satisfacción que da envidia mirarla.

—Pues, sí, es verdad; estoy contentísima. ¿Usted conoce á mi hija Aniceta?

—Sí, la mayor; una que cojea un poquito del pie derecho...

—La misma; pues, hija, la ha salido un novio joven, guapo, y que vale la plata. Y que se quiere casar por la posta.

—Pero, hija, me deja usted viendo visiones, porque, la verdad, Aniceta no es ninguna Venus de Milo, y no se ofenda usted como madre...

—No, hija, no; si á mí la pasión de madre no me ciega. ¡Ay, qué espina me he sacado del corazón! Siempre creí que esta hija se quedaría para vestir imágenes. Delgaducha, coja, chatilla, un si es ó no es bizca; en fin, una desdicha. ¡Y según están los hombres de hoy! ¡Y lo que exigen! Va á llegar día que tendremos que pagar á los hombres á tanto por hora, como los coches de alquiler...

—¡Jesús! ¿Qué cosas se le ocurren á usted! Pero ¿cómo ha sido eso?...

—Hija, un milagro, un milagro; sólo así podía esperarse un novio para Aniceta.

—Cuenta, cuenta.

—Pues verá usted: estos días fuimos al misere de las Calatravas, y uno de ellos, al ir á adorar al Cristo, pues á Aniceta se le cayó el monedero; un pollo rubio muy engomado que iba detrás lo cogió, y se lo dió con mucha zalamería. Desde aquella tarde, todos los días, al ir á adorar al Cristo se ponía detrás de ella, y hoy una mirada, mañana una sonrisa, al otro un piropo... Luego nos seguía, Aniceta salía al balcón... en fin, lo de siempre... Después la habló, me habló, hablemos todos, y las relaciones comenzaron en toda regla. Se quiere casar para las Animas.

—¿Qué suerte! ¿Y dice usted que es rico?

—¡Uf! Como un Creso... Luego dicen que no hay milagros... Ya ve usted, en una iglesia... Y es que, hija, cuando las cosas están de Dios...

—Desde hoy voy á llevar todas las tardes á mi Lorenza al Cristo de la Salud... Quizás tenga un buen encuentro.

—¿Quién sabe! Cuando Dios quiere...

FRAY GERUNDIO

¿LO QUE SOMOS!

Un sabio ha encontrado la verdadera fórmula moderna de la recordación anual

del Miércoles de Ceniza. Eso de que polvo somos y polvo seremos, parece que no tiene suficiente influencia para bajar los humos de los soberbios, y el buen sabio ha inventado otra lección, muy bonita, muy arreglada á estos tiempos.

Un aristócrata con sentido común, para enseñar á su hijo que la sangre noble no se diferenciaba de la plebeya, hizo examinar la suya y la de su lacayo, y se demostró que la del lacayo era más rica en glóbulos: así el chico se convenció de que la nobleza no puede competir en sangre con la plebe.

Este orgullo necio de la sangre ha pasado de moda, tanto que ya únicamente se tiene en cuenta á los caballos.

Dice además el sabio que los elementos constitutivos de un hombre que pese sesenta kilos, el peso regular, se encuentran justos y cabales en cien docenas de huevos. Si calculamos á peseta la docena, resulta que el más empingorotado personaje no vale, á precio de huevo, más que veinte duros. Bien poca cosa.

Con el fósforo contenido en el cuerpo humano, se podrían fabricar 835 000 fósforos, que vendidos al precio de costumbre, valdrían, descontado el importe de la cerilla y la caja, quinientas y tantas pesetas.

Con el carbono del cuerpo humano se fabricarían nueve mil quinientos lápices; suponiendo que fuese de clase superior, no alcanzaría su valor al de los fósforos.

Parece que tenemos además cada quisque un perro chico de hierro y otros cinco céntimos de sal. En esto de la sal habrá sus más y sus menos, como en lo del azúcar, que también lo tenemos por valor de una perra. Hay tipos empalagosos que de seguro tienen más azúcar y menos sal.

Calculado el valor de todas esas cosas, dice el sabio que el kilo de carne humana vale próximamente sesenta céntimos de peseta.

¡Sesenta céntimos! ¡Y pensar que la de cerdo se vende á 1'25 céntimos el medio kilo! Esto es para bajar los humos á cualquiera, aunque sea Papa, Emperador ó Rey, y esto sí que es ponernos á todos la ceniza en la frente, y decirnos: «Acuérdate que tu carne vale á 60 céntimos el kilo.»

Los anteriores cálculos son curiosos y despanpanantes.

Pero si piensa el sabio ese que esto servirá para corregirnos, puede asegurarse que, después de haber analizado tan minuciosamente el cuerpo humano, todavía no conoce al hombre.

Sección merecida

Loreto Serapión, notable periodista de Manila, ha enviado á *El Día*, de la Habana, una Crónica titulada *Los frailes siguen oponiéndose á la libertad de Filipinas*. En ella hace un gran elogio del presidente del Senado filipino, D. Manuel L. Quezon, que ha fustigado patrióticamente á la curia romana en un discurso pronunciado en el «Opera Home», donde se celebraba una velada conmemorativa del fusilamiento de Rizal, diciendo en sus párrafos más brillantes:

«Rizal murió, porque tuvo el valor de

acusar ante la opinión pública y ante el Gobierno de España, la ingerencia indebida de las autoridades eclesiásticas de Filipinas en los asuntos civiles.

Rizal, en todas y cada una de las páginas del *Noli Me Tangere*, señala como el cáncer social más funesto que padecía entonces el país, la supremacía en los asuntos, no ya religiosos, sino civiles, de las autoridades eclesiásticas. Y si nosotros queremos santificar el asesinato de Rizal, si nosotros realmente somos verdaderos discípulos de aquel gran Apóstol, debemos mantener y defender nuestras ideas sobre el particular. Afortunadamente para nosotros, al fin se ha establecido en Filipinas la separación entre la Iglesia y el Estado. Ese derecho por el cual Rizal con tanto gusto murió, ya lo hemos conquistado; aquí hay ahora libertad de pensar en materia de religión, en la forma que á cada uno mejor le convenga; pero todavía no hemos resuelto el problema completamente.

Es verdad que la Ley Constitutiva de Filipinas establece aquí la separación de la Iglesia y del Estado; es verdad también que no vemos hoy día á las autoridades civiles rindiendo público homenaje y vasallaje á las autoridades eclesiásticas, pero, señoras y caballeros, hay que decir la verdad, es preciso denunciar el hecho antes de que sea muy tarde: hay el propósito, hay la intención, hay el deliberado plan de seguir teniendo al Gobierno de Filipinas bajo la férula de las autoridades eclesiásticas...

De nada servirá al pueblo filipino tener todo género de libertades políticas, de nada servirá el pueblo filipino su absoluta independencia, si Filipinas ha de permanecer sujeta al poder eclesiástico, pues en ese caso estaríamos reconociendo, de hecho, una soberanía que no es la soberanía que todo Gobierno debe reconocer, la del pueblo.

No, no estaremos jamás sujetos á la soberanía popular, mientras reconozcamos aquí otra autoridad constituida por aquellas personas que envían aquí las autoridades eclesiásticas del extranjero. Y yo digo, que el día en que el pueblo filipino permita que esta situación continúe, que esta situación triunfe en Filipinas, ese día habremos vuelto á asesinar á Rizal con nuestras propias manos...

Esta es la primera oportunidad que se me presenta para decir que los que fueron enemigos de las campañas que el pueblo filipino hiciera durante el Gobierno español en pro de sus libertades políticas, siguen siendo nuestros enemigos en la época actual. En la aprobación del Bill Jones, he encontrado oposición más fuerte y absoluta por parte de las autoridades eclesiásticas americanas, que por parte de cualquiera institución de los Estados Unidos; y es debido á que aquellas saben que si se permitiera al pueblo filipino gobernarse á sí mismo, no podrían ellas dirigir, como creen que pueden bajo otras autoridades, los negocios de este país. Se han antepuesto los intereses privados de las autoridades eclesiásticas, que se han enviado aquí, á los intereses de todo el pueblo; se ha preferido sacrificarnos, como se ha querido sacrificarnos siempre, á los intereses particulares de personas que están aquí deseosas de continuar ejerciendo en el país una autoridad que jamás han debido ejercer.

Y luego de copiar esos hermosos y viriles párrafos anteriores, comenta

el ilustrado cronista de este modo el discurso:

«En síntesis, el famoso discurso del presidente del Senado Filipino, revela lo que la Curia Romana ha hecho en Filipinas para explotar la credulidad del pueblo de Rizal... Manuel L. Quezon, es el filipino más autorizado en la actualidad para hablar de su patria, puesto que ha consagrado toda su vida a conquistar para ella los laureles de las glorias de la libertad. Cuando, apenas niño se lanzó a la Revolución; y en la paz, casi adolescente, fué enviado a Washington como representante del pueblo ante el Congreso de los Estados Unidos de América; y debido a su actuación meritoria, este pueblo disfruta hoy día de un Gobierno autónomo. Y este hombre, encumbrado a las más altas esferas de estimación popular mediante los méritos de su personalidad brillante, tiene el civismo necesario para desenmascarar a esos modernos fariseos, que han crucificado al Cristo de la conciencia humana, en el Calvario de la Historia.

Y para complemento de esta crónica, diré a mis lectores que el recuerdo de España, ya que no de sus gobiernos, es para nosotros merecedor de todos los respetos y consideraciones; y que si bien es verdad que en nombre de España se cometieron aquí cosas trágicas y tristes en el pasado, ya se han perdido en las regiones del olvido, porque después de todo, el pueblo español, noble y caballeroso por naturaleza, no es responsable de los crímenes y grandes errores de sus históricos gobiernos. Con sinceridad lo confieso, valga porque corre por mis venas también sangre española; pero lo que jamás podremos olvidar, es que el pueblo filipino ha sido relegado a la ignorancia y el fanatismo, por obra y gracia, principalmente, de los tres siglos que la Curia Romana, por medio de la frailería (compuesta por hombres divorciados del verdadero espíritu español y humano), sujetó a sus caprichos la conciencia de los creyentes filipinos.

Hoy día, los estadistas filipinos empujan ya a hastiarse de tanto misticismo hipócrita y tantas musarañas farisáticas de esa Curia peligrosa. Y hemos de tener en cuenta, que si hay un país asistido del derecho de expulsar hasta el último sacristán extranjero que pertenezca a esa Curia, es Filipinas, que tantas lágrimas ha derramado por culpa, por la grandísima culpa de los explotadores de la religión llamada católica, apostólica y romana.»

¡Qué atrás nos vamos quedando los españoles en todo lo que significa verdadera civilización!

Hasta los filipinos, de quien decían los frailes que era una raza inferior para que se les tolerara el que siguieran vejándolos y saqueándolos, nos dan ya lecciones de civilización, de sentido común y de instinto de conservación. Apuntan valientemente donde hay que hacer blanco.

Y tienen además otra virtud que a nosotros nos falta: la de hacer justicia. Lo prueban sus elogios al pueblo español, que condenó siempre la tiranía de los frailes en aquel archipiélago.

Tiranía que hoy sufrimos nosotros, aunque disfrazada, y que acabará el

día que tengamos un Rizal, en vez de abundar los Talaveras, los Junos, los Salvatellas y demás figurillas del retable de vividorzuolos político-religioso-desaprensivos.

LÓGICA IRREBATIBLE

La escena en Sevilla durante la Semana Santa.

Dos individuos, vestidos de nazarenos, con la capelina egipcia de rizada cola sobre la cabeza, esperan que salga de la catedral una procesión, apoyados en la horquilla con que en las paradas sustentan el paso.

—¡Qué infames fueron los judíos!—dice uno.

—¿Por qué?—pregunta el otro.

—¡Pues toma, porque crucificaron a Jesús! ¿Te parece poco?

—Mira, en eso hay sus más y sus menos.

—¡Qué ha de haber! Fueron unos malditos, y estoy seguro de que todos están ardiendo en los profundos infiernos.

—¿Quien sabe! ¿Y si los probes no pudieron hacer otra cosa?

—¡Que te digo que esa judiada no tiene perdón! ¿Que no!

—Escucha tú y no seas tan zúpito. ¿Para qué vino Jesucristo al mundo?

—Eso cualquiera lo sabe: para redimirnos con su pasión y su muerte.

—¿Según eso, tenía que morir?

—¡Está claro!

—Pues entonces, alguno tenía que matarlo ¡pedazo de borrico!

—Pues mira, Curro, no había caído yo en eso.

—Conque, Manolo, da gracias a los judíos, que si no es por ellos, ó nos quedamos sin redimirnos, ó tenemos que hacer esa muerte nosotros los cristianos.

Santificar las fiestas

«En vez de ir a la iglesia el domingo, os digo que os vayáis al campo, llevándoos consigo a vuestra mujer, a vuestros hijos y una buena merienda, y os sentéis en el suelo, y dejéis a los vuestros coger flores y escuchar el rumor de las frondas que parecen susurrar poemas y como las memorias de remotas edades. Y cuando el sol empiece a declinar, besando las cumbres de los montes lejanos, idos a vuestras casas con el corazón palpitante de una pura alegría, y las mejillas de vuestros pequeños cubiertas de un sano carmín.

Veréis como en esto encontraréis mayor distracción y más positivo placer que en vestiros de punta en blanco el domingo para ir a embutiros en una iglesia, entre apreturas y con un campanario encima para oír a un hombre decirnos que tenéis noventa y nueve mil novecientos noventa y nueve probabilidades contra una de condenaros por toda una eternidad.

¡Oh, hiede con mano de fuego, músico sublime, tu arpa formada de los áureos cabellos de Apolo! ¡Llena las naves de la vasta catedral de dulces y suaves sinfonías, haz vibrar armoniosas las teclas del órgano! ¡Sopla, caramillo, sopla, hasta que tus notas argentinas conmuevan de éxtasis el fulgor de la luna y encanten a los enamorados que vagan por los cerros cubiertos de verdura, pero tus más

dulces sonidos no serán sino desacordes rumores, comparados con ese reír dichoso de los niños, con esa risa divina que llena de luz los ojos y de gozo el corazón!

¡Oh río desbordante de risas; tú eres la línea bendita puesta como linde entre el hombre y las bestias, y cada onda triunfante de tu caudal ahoga todo triste y enojoso cuidado!

¡Oh risa de purpúreos labios, hija de la alegría; hay bastantes hoyos en tus mejillas para sepultar y sumergir todas las lágrimas del pesar!

No convirtáis a vuestros hijos en esclavos el domingo. No los hagáis formar en fila, recta como las estacas de un vallado, y «¡chist, que es domingo!» si por acaso se les escapa un grito ó una voz. Dejad al travieso Juanito que goce del aire y de la luz y se críe hermoso; dejadle que se ría hasta que el costado le duele, si le place; dejad que tire de la cola al gato hasta que la casa retiemble con sus jubilosos gritos; dejadle hacer todo aquello en que encuentre placer.

Cuando yo era niño nos mandaban a la cama cuando no teníamos ganas de dormir, y nos hacían levantar cuando no podíamos tenernos de sueño. Quisiera ver esto cambiado; quizá algún día lo veamos. Es realmente más fácil despertar a un niño con un beso que con un golpe, con palabras dulces que con duro é imperativo acento.»

R. G. INGERSOLL

El derecho al matrimonio... y al divorcio

Se fundó en Ginebra en 1890, bajo el título de *Unión rural, Sociedad católica de socorros mutuos*, una asociación con el fin de «aproximar y reunir por medio de un lazo amistoso a los católicos romanos de las parroquias de aquel cantón y de contribuir al bienestar asegurándoles socorro y consuelo en caso de enfermedad ó de desgracia.

En 1893, M. Charles Grosfillier entró en esta Sociedad en calidad de miembro activo y pagó regularmente sus cotizaciones hasta el final de 1915.

El 9 de Octubre de 1915 se casó con una mujer divorciada, cuyo anterior marido vive aún. Por este motivo, en el cual vió la *Unión rural* un ultraje público a la religión y a la Iglesia católica, M. Grosfillier fué excluido de la Sociedad por decisión del comité en 23 de Enero de 1916 y de la Asamblea general en 2 de Abril de 1916.

M. Grosfillier recurrió ante la justicia para que la *Unión rural* anulase las susodichas decisiones y le reintegrara en sus derechos de miembro activo de la Sociedad. El juez, M. Moretti, ha sentenciado:

«Considerando que, según sentencia del tribunal federal, el asociado tiene evidente derecho a ser oído antes de ser excluido, y que la violación de este derecho lleva consigo la anulación de la decisión de exclusión como irregular y aun como arbitraria desde el punto de vista formal;

Y resultando que el demandante no ha sido requerido para explicarse ante los organismos de la Sociedad antes de que éstos dictaminasen.

Considerando que el motivo de exclusión invocado contra el demandante, no

EL MOTIN



Ayuntamiento de Madrid
— Seamos buenos amigos. ¿Que sería de ustedes sin mí?

puede ser estimado como previsto en el reglamento de la compareciente;

Que no puede, en efecto, estar comprendido en los actos «que ultrajan públicamente la religión y la Iglesia», de que trata el art. 48, letra C de dicho reglamento;

Que, estando garantizado por la Constitución federal el derecho al matrimonio, no puede admitirse que el ejercicio que un ciudadano haga de un derecho constitucional constituya un ultraje público a la religión y a la Iglesia Católica, puesto que la Constitución no consagra como derechos actos ultrajantes para ninguna religión ni Iglesia;

Que la idea del redactor del reglamento de la Sociedad no pudo haber sido otra, pero que, de haber entendido este redactor bajo los términos del art. 48 letra C de este reglamento, que había de comprenderse entre los actos ultrajantes públicamente para su religión y su iglesia el ejercicio de un derecho reconocido y garantizado por la Constitución federal, habría contravenido una disposición constitucional y de orden público (art. 54 de la Constitución federal);

Que admitida esta hipótesis, la disposición del susodicho art. 48, letra C, debería ser considerada como nula puesto que era ilícita.

El Tribunal ha anulado tanto la decisión tomada el 23 de Enero de 1916 por el comité, como la adoptada el 2 de Abril de 1916 por la Asamblea general de la Sociedad, y «dice y sentencia, en consecuencia, que el demandante sea reintegrado en todos sus derechos de miembro activo de la dicha Sociedad». La *Unión rural* ha sido condenada a las costas.

Ha defendido a M. Grosfillier el letrado Alejandro Morand y a la *Unión rural* Mr. Jacob.

¡Pero qué leyes, qué justicia y qué jueces hay por esas naciones que presumen de adelantadas!

(No me atrevo a calificarlas de *civilizadas* por no ofender a Suiza comparándola con Alemania.)

¡Quitarle la razón a una Sociedad católica! ¿Dónde se ha visto atropello igual?

Bendigo la suerte que tuve al nacer en un país donde ni por equivocación ocurren tamañas enormidades.

El ciudadano que aquí se encontraba en el caso de ese Charles Grosfillier, no sólo perdería todos sus derechos, sino que podía darse por contento si no lo perseguían por calumniador y lo arruinaban de paso.

Esto hoy; que si llega a nacer un par de siglos antes, lo meten en la cárcel, le dan tormento, y lo divorcian de su exdivorciada mujer, para casarlo con la horca antes de proceder a convertirlo en rosbif.

Porque siempre, así como los teutones gritan ahora, «¡Alemania sobre todo!» los españoles hemos gritado y seguimos gritando: «¡El catolicismo sobre todo!»

Y así nos luce el pelo.

Poesías festivas anticlericales

Cuatro tomos, a peseta cada uno.

¿Y por qué no?

Copio de *El Mundo* el telegrama siguiente:

Lamentos de un alma en pena

Una visita del otro mundo

Desde el purgatorio pide oraciones, efectos y dinero

CORUÑA 29 (8 m.) Desde hace días vaga una alma en pena por los barrios altos de La Coruña, causando su aparición verdadera alarma entre el vecindario.

Hace como cosa de un mes murio en el barrio de la La Leña una mujer buena, honrada, bien querida de todo el mundo, que, no obstante esto, no ha podido entrar en el cielo a libre plática.

Dicen que se presenta de noche a las personas que en este mundo fueron sus amigos, para pedirles oración, y, principalmente, a una su amiga nombrada Antonia, que cuenta a todas las comadres que quieren oír, que son todas, que pide no sólo cosas espirituales, sino también alimentos diversos, cera y unos metros de estameña con que adecentarse unas miasas para llegar ante el Tribunal Supremo.

La gente escucha a la señora Antonia, y alguno, a buen seguro de que la favorecería; pero con esto del problema de las subsistencias...

En tanto, unos precisan en la necesidad de atender las peticiones de ánima; otros, se escaman y piensan que la Antonia es una avispa mujer, que, nombrándose la ordinaria del Purgatorio, busca la manera de hacerse un traje a cuenta de las ánimas benditas, y comerse unas cuantas cosas a la gloria y bien de su amiga y cadáver. — Noya.

No sé por qué, me da en la nariz que el corresponsal de *El Mundo* pone en duda que sea cierta la aparición.

Yo me guardaré muy bien de imitarle, no sea que con ello cometa un pecado que me impida, ¡horror!, entrar en el Reino de los cielos.

Desde que he leído los libros aprobados por la Iglesia en que se relatan milagros, nada tengo por imposible. Hasta creo verosímil que haya obispos modestos, curas castos, frailes distinguidos y jesuitas desinteresados.

De poco tiempo acá se han ensanchado mucho mis tragaderas religiosas. A este paso, sospecho que llegaré a creer que existe esa otra vida que se creen con derecho a disfrutar eternamente los bribones que conozco. Y los que no conozco. Es decir, todos los bribones.

Consejo desinteresado

¿Cuánto cobra anualmente del Estado un obispo? Cuarenta mil pesetas el que más y veinte mil el que menos, pudiendo calcularse en una cantidad igual lo que saca por gajes de su oficio. Algunos privilegiados llegan a los 20.000 duros.

¿Son muchas las necesidades de un obispo? Muy pocas. En ropa apenas gasta, aun admitiendo que deba usarla tan lujosa como la que lleva, porque es de buena tela y se la pone raras veces: el calzado, como anda muy poco, le dura mucho; la comida es frugal, por precepto, por dar buen ejemplo y por la vida sedentaria que hace; jugar, no juega; beber, no bebe; y en cuanto al otro artículo que arruina a tantos profanos, el amor, se le ofendería suponiendo siquiera que le rinda culto, ni comprado ni de balde.

Ajustemos, pues, la cuenta del gasto anual que debe hacer un obispo.

	Pts.	Cts.
Ropa de su oficio.....	500	»
Calcetines, camisetas, calzoncillos, pañuelos, etc.....	200	»
Chocolate por la mañana, a 50 céntimos diarios.....	182	50
Cocido y dos principios al medio día, a 5 pesetas.....	1.825	»
Dos platos por la noche, a 2'50.	917	50
Pan, vino y postres variados en las dos comidas.....	730	»
Lavado, planchado y repaso de la ropa, a 50 céntimos.....	182	50
Calzado, cuatro pares de zapatos al año.....	80	»
Tabaco y demás menudos gastos.....	365	»
Médico, barbero y botica.....	500	»
Un criado a 2 pesetas diarias...	730	»

Todo lo cual da un total de 6.212 pesetas 50 céntimos, que alargaré hasta 7.500, pues no quiero que el obispo carezca de ciertas comodidades que sólo disfrutaban algunos, muy pocos, míseros mortales españoles. Y cuenta que no menciono los regalos que recibe, y que le permiten hacer todavía algunos ahorros en la cantidad que le he asignado.

Y héme aquí al obispo, bien comido, bien bebido, bien vestido y bien calzado, con tabaco en su petaca, criado, medicinas, médico y barbero seguros, sin inquietudes por el presente ni temores por el porvenir, y dígame qué español no se daría con un canto en los pechos por alcanzar esa ganga, y cuán fervorosamente no alabaría a Dios por haberle encasillado entre los elegidos.

Y dígame a la vez, cuán alto no sería colocado el nombre de todos los obispos, si en estos momentos de miseria para los trabajadores, de angustia para la clase media y de penuria para el Estado, cedieran sus sueldos para contribuir al pago de los gastos públicos, viviendo de los emolumentos que disfrutaban o de los cuantiosos donativos que reciben, o si por lo menos se contentaran con las siete mil quinientas pesetas que he distribuido religiosamente.

CALUMNIAS AL CLERO MÁS CALUMNIAS AL CLERO OTRAS CALUMNIAS AL CLERO NUEVAS CALUMNIAS AL CLERO

Inventadas

José Nakens

Precio de cada tomo: DOS pesetas.

Para los suscriptores el 25 por 100 de rebaja.

GERMANOFILOS CONFESOS

(CONTINUACIÓN)

II

A. Capillas. Vicente Arregui. Pedro Alguero Nicoli. Antonio González Gallego. José Alvarez Lozano. Julián Perucho. Cayetano Serrano. Antonio Lacalle. Ignacio Cereceda. Pedro Barceló. Guillermo Martínez. José Rodríguez. Mariano del Soto. Ramón de Francisco Berdayes. Ramón Peña. Luis Foglietti. José Díez. Hector Fernando. Francisco Gaztambide. Francisco Marimón. Antonio García. Santos R. del Pozo. Federico Orriols. Manuel Blanco. Manuel Rubio. T. Marcos. Estanislao Mínguez. Francisco Ivorra. José María Gurich. José Pedraza. Manuel García González. Juan Alaminos López. Eugenio Balder. Eduardo Aroca Ortega. Marcelo Espiga Codina. Gerónimo Taltavull. Francisco Bellver. Vicente Portales.

MÉDICOS

A. Villalba de la Corte. Antonio Roldán. Fermín Cubero. Secundino Arango Lombardero. Evaristo Ausín. Vicente Guerra y Cortés. José Meléndez Baltar. Gustavo Núñez. Luis Corpas. Laureano Olivares. Ernesto Serra. M. Pérez Martos. Alfonso Triviño y Barradas. A. Rubio Granados. Laureano Sotero Fernández. León Palacios Carreño. M. de Mergeliza. Miguel García Bonilla. Carlos de San Antonio López. José Alfin y Lette. Baldomero Montoya y Tejada. Diego Calderón. Antón Bueno y Albacete. Nicolás Tello Peinado. Ni comedes Miñambres Alonso. Pablo G. Muñoz. Gregorio López Herrera. Manuel Utrera Martínez. Agustín Zorrilla. Juan Carrillo. Enrique Prada y Vizmanos. Augusto Milón Reales. Roberto Revilla. Alfonso Antolinez y Salido. Tomás Torresana Alcalde. Jesús Collar. Angel Durán. Dionisio Gómez Herrero. José Verdes Montenegro. José García Lomas. José Blanc. Ezequiel Barrio. E. Díaz y Gómez. Baldomero Sánchez de León. Luis Tejero y Ruiz. Ricardo Murillo Ubeda. César López Dóriga. Fernando M. Nacarico. Julio Carro y Carro. Carlos Fernández Arroyo. Ricardo de Villa Ceballos. Gonzalo de Villa. José de Torres Sáenz. Rafael Vecino. Félix Rico García. José Echarte. Francisco Masip Valls. Antonio Alvarez Vega. E. Olmos. Manuel Rumano Atlético. Teodoro García y García. Luis Suárez. Martín Aramburu. Agustín Candaes Abaytúa. Augusto Gutiérrez Gamero. Rafael Hernández. C. Compaired. Manuel G. Fantora. Ramón Alvarez G. Salazar. Santiago Carro García. Perfecto Chapado. Carlos Cases. Luis Rodríguez Parreño. José Megía. Angel Ortega. Fermín Aguirre. Luciano

Barajas. Juventino Morales. Guillermo del Campo. Ramón Andueza. Pascual Maziello. Eustaquio García. Rafael Fraile. Diego Alvarez. Alfredo Piquer. N. Martínez Cubells. Casimiro Roa y Erostarde. Enrique Alvarez Sáinz de Aja. Luis Castillo Sánchez. Manuel Ubeda. Rafael del Valle y Aldabalde. R. Cáceres y Ponce de León. Tomás Megía. José Criado Maldonado. Pedro García Vacas. Mariano Marco Sancho. Ramiro de la Llana Hernández. José Alvarez Sierra. Rafael Villegas Monasterio. Mariano García del Rey. Ricardo Muriello. Manuel González Tánago. J. García Triviño. Francisco Polo y Fiayo. Vicente A. del Manzano. A. Galdún. Paulino Suárez y Suárez. Alfredo de la Vega. Lorenzo Ruiz de Arcante. E. Sánchez Carpintero y G. Juan Bravo y Frías. Juan Bravo. Vicente Llorente. Joaquín Decret. Florentino Ruiz García. Francisco Rozabal. Julián Ratera. Antonio Rodríguez Ponga. Pedro Rodríguez Ponga. Rafael Castro. Eduardo G. Geredá. Enrique González Villazón. Antonio G. Tápia. Pedro Blanco Grande. Luis Rodríguez Illera. Ramón Alvarez Torres. José Cayuela Mera. Vicente Celada. J. A. Alonso Muñoyerro. José Ortiz de la Torre. Félix Parache. Juan Azúa. Carlos Torregrosa. Carlos Niharra. Luis Lamas Ojea. José Mouriz. Isidro Barrientes y García. Francisco Murillo Palacios. Pedro Clemente. Francisco Tello. Dalmacio García Izcarra. Manuel R. Partearroyo. Blas Hernández. José Grinda. Manuel Ortega Morejón. Luis Ortega Morejón. M. Iglesias Corral. Alberto Mayoral. Simón Hergueta. José Codina (hijo). José Codina. Ramón Jiménez. José Velasco. Martín González Alvarez. Baldomero González Alvarez. Amalio Díaz. Francisco Mora. Benigno Soto. Cayetano de Villa. Alberto Ramírez. Julio Hidalgo. Cesáreo Martínez. E. Tortosa. Luis de Hysern. Hipólito O. Gómez. José Ubeda Correa. Fernando Barbero Saldaña. Cándido Jurado. Amalio Roldán. Manuel Chinchilla. Fernando Chacón. Jesús Basterra. José Melis. Jacinto Raga Molina. Mariano García Iglesias. Isaac Moreno Alvarez. Sebastián E. Luque. Gregorio Domínguez. Lorenzo Sánchez López. Eduardo Nieto Montero.

QUÍMICOS Y FARMACEUTICOS

Ricardo González Pons. Santiago Temprano. Obdulio Fernández. Antonio Pizarroso Villarejo. Francisco Bustamante Romero. Fernando Hergueta Vidal. Jesús Rodríguez Calva. Joaquín Oliveras Macías. José María Soredo y Ferrán. Brígido Ponce de León. Mariano de la Gala Ibáñez. José Asensio. José Ranedo. Antonio T. Cano. Tomás Pérez Menéndez. Julián de Zúñiga Baños. Adolfo Sanjuanbenito. Fernando Cilla. J. García Suárez. F. Bellot. Cipriano

López Almeida. Ildefonso Tello Peinado. Miguel Bueno Pérez. Andrés León Maroto. Dionisio Martín Ortega. Agustín Fernández García. José Martín. José Vicián. Francisco Ordóñez. Basilio del Valle Puya. José Luque Bermudo. Antigono Puerto García. Remigio Romero y Mira. Manuel Montes.

SACERDOTES

Juan Múnera Martínez. Camilo Rubio Fernández. Nicolás Rosende. Cecilio Río y Río. Esteban Porquera. Enrique Martínez. Apolinar Rodríguez. Antonio Lozano. Manuel de Santiago. Nicolás G. de Enterria. Manuel Fernández. J. Enrique Jordá. Isidro Barbero Carrasco. Gregorio Castejón Palacio. Maximino Paradelá. Patrocinio Izquierdo Mena. Rafael López García. Vicente T. Espejo. Benito Bueno. Antonio Torres Lacadena. Aurelio Martínez. Antonio Salvariz. Cipriano Gima. Vicente Antonio Revilla. Manuel Martínez López. Gerardo Martín Peña. Gregorio Alvarez. Domiciano Gracia. Serafín Sánchez Pindado. Jesús Sánchez de la Graña. José Guixot Soler. Juan M. Montes. José Malla. José López Botija. José Vereá Bejarano. Eloy Sáinz Ballesteros. Valentín Yusta. Vicente Zuloaga. Vicente Contreras. Pablo Velilla del Rincón. Natalio Maestro. Nicolás García Sanz. Nicolás Rosende y Orense. Hilario B. y Miguel. Angel Pérez Villavieja. Anastasio Pardo. Aniceto Díaz. Antonio González Pareja. Antonio Pacín. Celestino Gallego Sánchez. Cecilio Río. Carlos Carpintero. Joaquín Gutiérrez de Rojas. José María Coll. Juan Casquero. José Casañas y Caballero. Juan García Ochoa. Ricardo Esteve Navarro. Ricardo Rodríguez. Silvestre Alonso Pérez. Tomás Díaz López. Eduardo Deus Gómez. Eugenio Redondo. Eudasio González. Francisco Reynoso. Francisco Villasant. Francisco Martínez Jiménez. Francisco Pérez Iglesias. Luis Inigo. Luis de Orellana. Luis Fernández Pineda. Lucio Rosado González. Manuel Cortina de la Vega. Manuel Cervantes Castañuela. Manuel Martín del Moral. Juan Rojo. Secundino Herán. José María de R. Aranda. Manuel Monserrat Roselló. Emilio Diaz de Cerio. Fausto Rubio Cobo. Emilio Lain Ainsa.

INGENIEROS

Martín Corral y Aguirre. Martín Bermejo Lossantos. Julio Díaz Terano. Benigno Colomo. Fernando Mino Juan. Félix Yagüe Moreno. José María Navarrete. Luis Agra González. Ricardo Aguilera Cappa. César Pérez Bolumburu. Ignacio de Cepeda. Manuel Bellido. Juan Sánchez Muriello. A. Alvarez. Román Peñaranda y Barea. José Casenave Bravo.

(Continuará).

La Musa anticlerical

(CONTINUACION)

El bonete y la montera

Presbíteros y toreros
están ya de enhorabuena,
pues viene Semana Santa
y las corridas tras ella.
Para no perjudicarse
no se hacen la competencia,
y cuando el cura concluye
el diestro á bregar empieza.
Hasta el sábado de Gloria
es en el templo la fiesta,
pero el domingo de Pascua
en el redondel comienza.
Entre las dos diversiones
no halla el pueblo diferencia,
y con igual entusiasmo
va á la plaza y va á la iglesia.
El apartado y las vísperas
le placen de igual manera,
y si un sermón le alborozó,
un volapié le embelesa.
Yo que soy español neto
y católico de veras,
aficionado por ende
á quien con los cuernos medra,
entre un cura que ceñido
á una beata trastea,
y *Lagartijo* pasando
á un Miura de muleta,
no sé por cuál decidirme,
ni cuál luce más destreza
al llevar á donde quiere
tras el engaño á la bestia.
El mismo gozo me causa
ver á la irritada fiera
desafiando el castigo
sembrar de pencos la arena,
que á un presbítero de libras,
si las misas escasean,
arremeter á los fieles
con mugidos da anatema.
Pero basta ya de odiosas
comparaciones, no sea
que si lo saben los toros
con justa razón se ofendan.
Amo, como iba diciendo,
los encantos de esta época
en que el torero y el cura
me divierten y recrean.
Igualmente lucen trajes
recamados de oro y seda,
y sin barba ni bigote
ambos el semblante muestran.
Llevan igualmente el sello
del oficio en la mollera,
que es en unos la tonsura
lo que en otros la coleta.
Y, en fin, son gente rumbosa,
y claramente lo prueba
que usa sus mejores galas
cuando en trabajar se emplea.
Por eso cuando los miro
en el circo ó en la iglesia,
igual respeto me inspiran
el bonete y la montera.

JUAN VALLEJO

Cierto padre preguntaba
á su hijo, con gran ternura,
qué carrera le agradaba,
y el muchacho contestaba
que deseaba ser cura.
—¿Por qué?— volvió á preguntar
el padre, grave y severo.
Y el chico, sin vacilar,
dijo:—Por ganar dinero
sin tener que trabajar.

□ □

El preceptor

Bajo los frondosos olmos
de un paseo del Retiro
suelo ver algunas veces
á un sacerdote y un niño;
sacerdote respetable,
digno imitador de Cristo
en proteger á la infancia,
de la que es cordial amigo.
¡Con qué inefable ternura,
con qué singular cariño
instruye en los dogmas santos
á su educando querido!
«Niño de alma pura y noble
y de corazón sencillo:
jamás á sus enseñanzas
estén sordos tus oídos.
El inculcará en tu mente
santos preceptos divinos,
tan necesarios al alma
como á la flor el rocío;
él te abrirá fácil senda
de la vida en el camino
evitándote tropiezos,
señalando los peligros.
Con sus consejos prudentes
y sus cristianos auxilios,
sabrás poner en tu mano
la llave del Paraíso.
¡Dichosos una y mil veces
los que cual tú han conseguido
que á su educación atienda
de Dios un santo ministro!
¡Desdichados lo que asisten
á esos colegios malditos
donde nunca á Dios se invoca
ni se enseña el catecismo,
antros donde se pervierte
el corazón de los niños
con heréticas doctrinas
y con perniciosos libros;
donde no se reza nunca,
donde no hay un crucifijo,
donde jamás de María
resuena el nombre dulcísimo!...
¡Dichoso tú, pues te atiende
ese sacerdote digno
que hará de ti un Luis Gonzaga,
santo, humilde, casto, limpio!...
¡Ojalá que practicando
sus excelentes principios,
puedas sentarte... algún día
en un sitial del Empíreo!»
Sobre poco más ó menos
esto mentalmente digo
cuando los encuentro al paso
por las sombras del Retiro.

□ □

Forma en que extendió el padrón
don Inocencio Cuevitas,
al fijar su profesión:

«Cirujano y comadrón
de los padres Carmelitas.»

□ □

Cuelga de hábito

«¿Quieres tú que nos queramos,
pues yo por mi parte quiero,
y á vestir no me resigno
la sotana y el manteo?
Dímelo y verás qué pronto
á mi tío el reverendo
en lugar de padre de almas
le llamamos *padre nuestro*.
Se empeña en que me dedique
al sagrado ministerio,
y por más que él me lo ordena
francamente, no me ordeno.
Dí que me quieres: verás
adonde arrojo los textos
conque allá en el seminario
me calentaba el cerebro.
Se puede servir á Dios
por diferentes conceptos,
y yo le adoro en sus obras,
si son chicas de salero.
Y como tú tienes mucho,
católicamente creo
que honro al Señor admirando
cuanto te sobra de bello.
Mas ¿á qué en teologías
nuevamente me entrometo?
Dispénsame; son resabios
de aquel odioso colegio.
Hablando en plata, ¿me quieres?
¿Sí? Pues abur solideo,
por más que rabie mi tío
y se tire de los pelos.
Este cura para cura
no ha nacido ni por pienso,
y aunque de cura desciende
no ha de servir para eso.»
Tal dijo un seminarista
á una chica en el paseo
cuando en un banco de piedra
tomaban ambos el fresco.

□ □

Valor intrínseco

Visitaba un jesuita
en compañía de un ateo
una hospitalaria ermita
que había en el Pirineo.
Allí, junto á un San Antonio,
veíase á un Niño Dios,
y algo más allá al demonio,
del mismo metal los dos.
El jesuita admirando
el genio del escultor,
preguntó medio llorando
del diablo y Dios el valor.
No sé—dijo el ermitaño;—
mas son del mismo metal
ambos, y de igual tamaño:
debieron costar igual.
—¿Ve usted, dijo con cinismo
el ateo impertinente;
cómo vale Dios lo mismo
que el demonio exactamente?

A. RENATO

(Continuará.)

TIP. «LA ITÁLICA», VELARDE, 12.